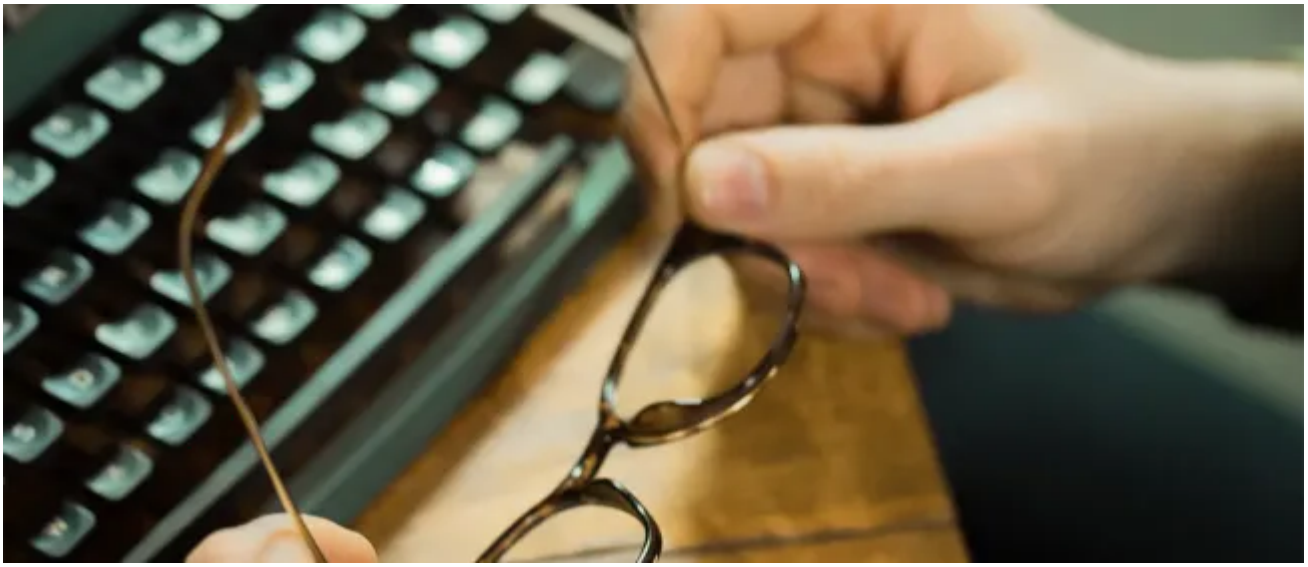
El gran acuerdo de Venezuela



Tiempo de lectura: 5 min.

La reciente decisión del Gobierno venezolano de ratificar la inhabilitación de la principal líder de la oposición para presentarse a las elecciones presidenciales de este año fue decepcionante, pero no una sorpresa. El presidente Nicolás Maduro sabe que probablemente perdería frente a María Corina Machado, una crítica acérrima del régimen desde hace mucho tiempo, y teme que ella le exija responsabilidades a él y a sus aliados por corrupción y abusos de los derechos humanos. Pero todavía hay un camino hacia una contienda creíble, con Machado restituida, si Maduro reconoce que le conviene negociar con su enemiga de línea dura.

Como las autoridades todavía tienen que presentar un calendario creíble para celebrar unas elecciones en la segunda mitad del año -que el mundo democrático espera que sean libres, justas y competitivas-, Estados Unidos está pidiendo al presidente Gustavo Petro que tienda un puente entre el gobierno y la oposición venezolanos para evitar la acritud y la polarización que profundizarían una desconfianza ya aguda. Todas estas medidas son necesarias para evitar que descarrile el acuerdo electoral firmado en octubre.

El punto crucial del impasse diplomático es que Maduro se enfrenta a dos opciones desagradables mientras se prepara para presentarse a la reelección. En un caso,

podría perder y aceptar abandonar el cargo. Maduro se enfrenta a una reelección cuesta arriba, dado su bajo índice de aprobación y el enfado de los votantes venezolanos por una economía marcada durante años por un alto desempleo, una inflación astronómica, escasez de bienes esenciales y un colapso de los servicios públicos como la electricidad. Las esperanzas de una sólida recuperación económica este año se vieron mermadas cuando el gobierno de Biden reaccionó a la prohibición de la candidatura de Machado amenazando con reimponer sanciones sobre el petróleo y el gas, el corazón de la economía del país.

En otro escenario, el gobierno podría urdir la reelección de Maduro negándose a permitir la inscripción de un candidato legítimo de la oposición, ni Machado ni ninguna otra figura en torno a la cual pudiera coincidir una oposición unida. Eso significaría un nuevo aislamiento diplomático, la reimposición de las sanciones de Estados Unidos y la congelación de la inversión extranjera, revirtiendo los principales logros políticos de Maduro en los últimos años.

Un tercer escenario teórico -Maduro ganando con una pluralidad de votos dividiendo a la oposición y disuadiendo a los seguidores de sus rivales de acudir a las urnas- parece poco probable por ahora, dada la cohesión de la oposición y el compromiso de los votantes con las elecciones y el rechazo a un boicot.

Personas familiarizadas con la forma de pensar de Maduro creen que si no puede ganar unas elecciones que cumplan unas normas mínimas, está dispuesto a ceder el poder a un candidato de la oposición, pero no a Machado. El problema con ese enfoque es que si los funcionarios del gobierno y los militares buscan garantías que los protejan de posibles enjuiciamientos, ninguna figura que no sea Machado tiene la posición y el espacio político para negociar y cumplir un pacto que otorgue concesiones al régimen.

Considerado durante mucho tiempo como una activista marginal y radical, Machado es hoy el político más popular del país. Los antiguos incondicionales de la oposición están en el exilio o políticamente dañados. No podrían vender un acuerdo con Maduro a un electorado venezolano enfadado o a un Washington dudoso. Pero pocos cuestionarían un acuerdo negociado por Machado, que ha forjado su reputación como crítica intransigente de Maduro y de su predecesor, Hugo Chávez.

A lo largo de los años, Machado promovió el boicot electoral, rechazó las negociaciones con el régimen, pidió sanciones económicas para el país y abogó por

una acción militar internacional para derrocar al régimen de Maduro. Pero Machado también es inteligente y pragmática, y su reciente moderación retórica, sus llamamientos a la unidad nacional y su compromiso con las elecciones como medio para producir el cambio contribuyeron a su imponente victoria en las primarias de la oposición y la establecieron como líder indiscutible de la oposición.

Una solución negociada

Las cuestiones que formarían parte de cualquier pacto negociado entre el gobierno y la oposición no se resolverían fácilmente. Los negociadores tendrían que lidiar con asuntos legales como la acusación de Maduro por parte del Departamento de Justicia de Estados Unidos por narcotráfico, la oferta del Departamento de Estado de hasta 15 millones de dólares por información que conduzca a su arresto y condena, y la investigación de la Corte Penal Internacional sobre crímenes de lesa humanidad cometidos por el gobierno y los militares venezolanos. Las partes también tendrían que ponerse de acuerdo sobre el control del poder judicial, el consejo electoral y las fuerzas de seguridad, por no mencionar la competencia por la autoridad legislativa entre Asambleas Nacionales en duelo.

También habría que garantizar los derechos políticos y civiles de todas las partes. El gobernante Partido Socialista, o PSUV, incluye a personas dispuestas a competir y a operar dentro de un marco democrático. Una derrota electoral este año no significaría el fin del partido, sino una oportunidad para rehacerse como movimiento socialdemócrata. El PSUV, que alcanzó niveles dominantes bajo Chávez, sigue siendo el mayor partido político del país y mantiene una base electoral de alrededor del 30% a pesar de las calamidades económicas y humanitarias que el país ha experimentado durante su gobierno en los últimos años. No es descartable que un PSUV renovado reaparezca en las próximas elecciones.

El régimen y la oposición también podrían acordar algunos parámetros económicos básicos que protegerían los intereses políticos legítimos de ambas partes sin poner trabas al próximo gobierno. La libertaria Machado y el socialista Maduro podrían encontrar un terreno común en la necesidad de atraer inversión extranjera, diversificar la economía y proteger a los más vulnerables, especialmente durante cualquier período de ajuste económico.

Sin duda, las dos partes están lejos de empezar a explorar cualquiera de estos temas. Los bandos de Machado y Maduro se han tanteado mutuamente en los

últimos meses, pero aún no se ha producido un compromiso real. La desconfianza es tan profunda y antigua que probablemente se necesitará una tercera parte para facilitar las conversaciones. Un país europeo neutral puede desempeñar ese papel. Colombia también podría servir de puente, dada la relación del izquierdista presidente Petro con Maduro y el posible nombramiento como ministro de Asuntos Exteriores interino de Luis Murillo, el hábil embajador en Estados Unidos.

Un gran acuerdo de este tipo podría parecer poco realista teniendo en cuenta el abismo ideológico que divide al gobierno y a la oposición, la reticencia del régimen a enfrentarse a una auténtica competencia y un calendario electorales apretado y mal definido. Pero dada la complementariedad de los intereses fundamentales de cada parte, sigue existiendo una vía para salvar las elecciones como paso hacia la resolución de las múltiples crisis del país. Los diplomáticos deberían aprovechar la oportunidad.

Traducción realizada con la versión gratuita del traductor www.DeepL.com/Translator

7 de febrero de 2024

https://americasquarterly.org/article/venezuelas-grand-bargain/

Mark Feierstein es asesor principal del Instituto de la Paz de Estados Unidos, Albright Stonebridge Group y GBAO.Fue asistente especial del Presidente Obama y director senior para Asuntos del Hemisferio Occidental en el National Security.

ver PDF
Copied to clipboard